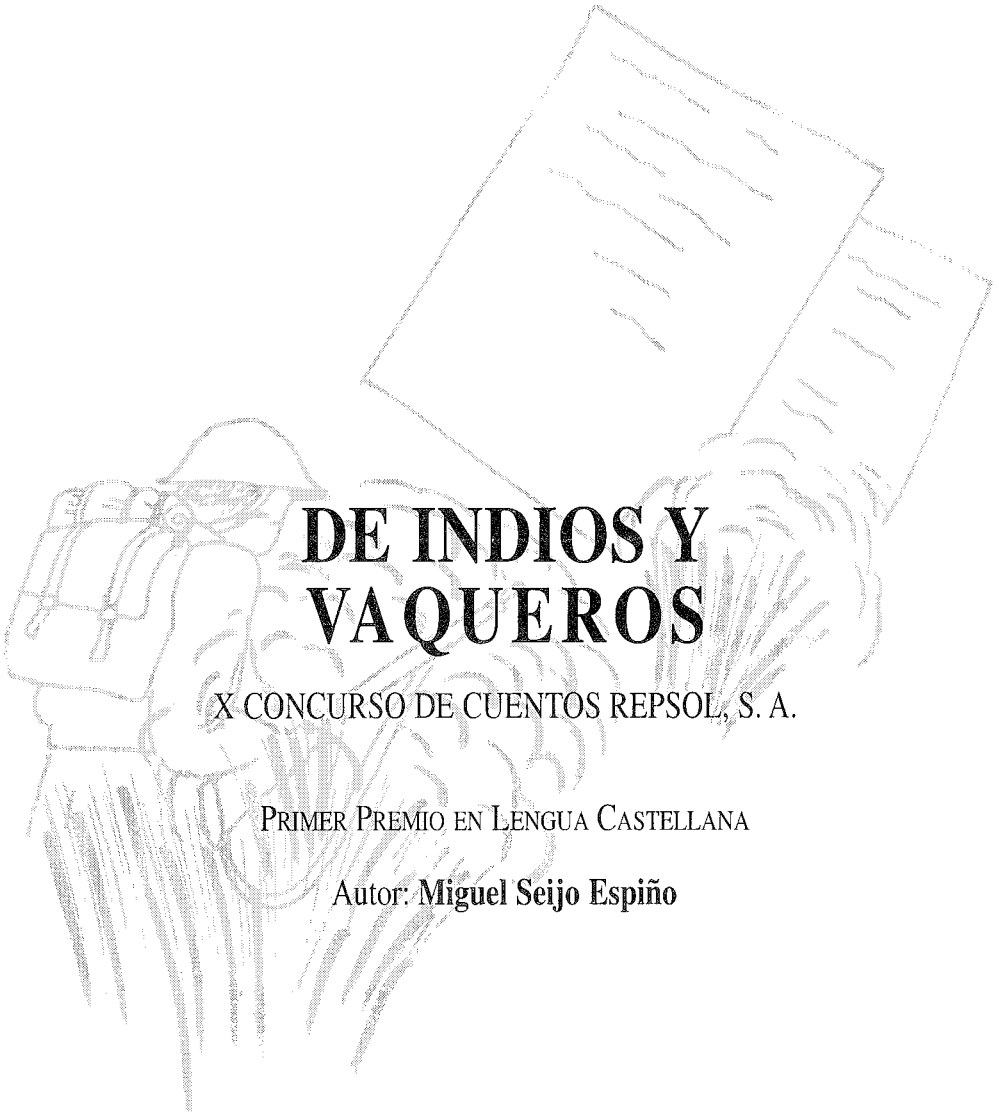

DE INDIOS Y VAQUEROS

X CONCURSO DE CUENTOS REPSOL, S. A.

PRIMER PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autor: **Miguel Seijo Espiño**

AÑO 1997

Hordas de nubes oscuras sobrevolaban cuerpos y almas deshaciéndose en gotas de lluvia que presagiaban la muerte.

Cientos de uniformes verdes que se van empapando de barro y sudor. En algún lugar, lejos, muy lejos —¿de verdad estaba tan lejos?— sonaban bramidos de elefantes engalonados a los que respondían ojos tímidos, obedientes, resignados ojos atemorizado marrón propiedad de ciervos propietarios de su arma, su traje color tierra húmeda y un miedo terrible a morir antes de lo que querrían, de lo que creyeron...

—¡Quinta compañía, prepárense para salir!

En tu pecho, cerca del corazón, se escuchan todavía las palabras de la última carta —¿la última?, ¿quién dijo última?— palpitando rítmicas al son de tus deseos.

—Querida madre:

Hoy, veinticuatro de diciembre, os echo a todos de menos más de lo que nunca lo había hecho. Hoy mis manos se deslizan desesperadas sobre el papel y no me siento ya capaz de sujetarlas para evitar que os cuenten la enormidad de mi pena y el aguijón de dolor que llevo clavado en el pecho desde el día en que entré en esta monotonía de órdenes y balas.

Hace algunos minutos vi como se llevaban a un pobre chico en una camilla. Diecisiete, dieciocho años, no más. Moreno, con ojos azul desvaído y rasgos perfectos de muñeco de porcelana. El que algún día no mucho tiempo atrás debió ser el joven orgullo de algu-

na familia yacía ahora inerte en el pedazo de tela, la mirada perdida en algún cielo mucho más claro que este. De un extremo de las angarillas colgaba vacío un harapo de algodón moteado de sangre reseca. Durante un rato me quedé absorto, meditando sobre qué habría sido de su pierna, y sobre qué iba a ser a partir de entonces de su vida. Después el sargento llegó y dispuso, y yo me encontré sintiendo una cierta envidia por aquel chico que, después de todo, había logrado escapar del infierno con vida. Hoy, al llegar las doce, habré de salir ahí fuera, en donde la muerte y la vida dependen de tu suerte al escoger el trozo de tierra que pisarás a continuación. Mi regalo de Navidad será, si la fortuna me acompaña, un balazo en un brazo o en una pierna, y con él la vuelta a casa.

Si no...

Un abrazo para ti y para padre, un beso que has de asegurarte que Celia reciba y un cuento con final feliz para el pequeño bulto que lleva en su vientre. Os quiere:

Javier

—¡Soldados, carguen las armas! —«y encomienden su alma al diablo, que Dios hace tiempo que abandonó este lugar».

Mueves las manos maquinalmente, rozando apenas el cañón de tu automática. De reojo observas al chiquillo situado a tu derecha; el rostro ceniciento, mira atónito hacia el campo sobre el que diez minutos más tarde descansará, muerto. Pertenece sin duda a la última oleada de reclutas recién llegados desde las

guarderías del país. Antes, recuerdas, solías charlar con ellos, darles ánimo para no caer desfallecidos y averiguar cuánto tiempo había durado su instrucción. Diez meses el primero, seis el siguiente; cuando el número bajó a seis semanas te dio miedo seguir preguntando. Después de recoger el tercer cadáver no pudiste volver a animar a ninguno de ellos. Nunca supiste mentir bien.

Sillones de cuero, una mesa rectangular y más estrellas que en el firmamento. La voz cascada de un vetusto señor feudal atraviesa cruel el humo de los puros:

—Debemos tomar esa posición. Le prometí al presidente una buena noticia y la tendrá, de ello depende mi puesto.

La lluvia sigue cayendo sin piedad, pero ya no la sientes, el agua dejó de ser un problema hace mucho. Las líneas enemigas parecen estar demasiado lejos para que nadie pueda alcanzarlas sorteando la tormenta de balas. Demasiado lejos, imposible, demasiado lejos...

—No me importa que sea imposible, ordenará a sus hombres que ataquen y lo hará sin esperar a mañana.

—Debemos aguardar la ayuda aérea; si no, no llegarán al otro lado. Es una empresa suicida, no puedo ordenar a nadie que conquiste lo inconquistable.

—¡Esto es el ejército, teniente, no una escuela de señoritas! Si usted no transmite esa orden encontraré a otro que lo haga.

—Morirán más de la mitad de los muchachos.

—La victoria tiene su precio, y no es algo que nosotros podamos evitar —contesta sentando su obesidad sobre el enorme sofá. Esa noche celebrará su ascenso, borracho, en la cama de una talentosa actriz que desespera paciente la llegada del éxito.

El sargento retarda la orden final, quién sabe por qué. Enciendes como puedes un cigarro y te dispones a esperar. El corazón comienza a latir a un ritmo que se parece al habitual y sus sonidos dejan de ocuparlo todo. Te invade una cierta tranquilidad. Allí, detrás de aquel muro de tierra y cadáveres, te vas sintiendo un poco más seguro, un poco más a salvo. Escuchas lo que sucede a tu alrededor, conversaciones a media voz entre aspirantes a fiambres y el sonido pausado y continuo en sus interferencias de un aparato de radio, pero por encima de todo siguen las bombas. Una detrás de otra no parecen dispuestas a darte descanso. Una calada más, aquel podría ser el último cigarrillo. Sonrisa sarcástica —«mi abuelo solía advertime de los peligros del tabaco, tal vez se acerque el momento de dejarlo». La sonrisa no es más que una mueca grotesca del dolor. Y las bombas continúan, repetitivas, constantes. Cierras los ojos y, por un momento, por un ligero instante, te parece que su prolongado latir sobre la tierra en la que vas deslizando tu rostro adquiere un ritmo real, como las pisadas de un gigante. No, mucho más real, como campanadas, campanadas de iglesia de una mañana de domingo.

Dong, dong, dong...

Las campanas están tocando a muerto desde la torre de la pequeña capilla. Por la calle se arrastra como una serpiente negra el cortejo de personas. Al frente de la procesión marcha una nota discordante reflejando los rayos de sol sobre una túnica blanca e inmaculada, otorgadora de santidad y de pureza. El sacerdote avanza pausado, pronunciando salmos que suenan a gloria a la multitud y que hubieran sonado a locura al propio César.

¿Y él? ¿Piensa él en lo que está diciendo?

«Malditos pueblos gallegos, viene uno preparado para la lluvia más feroz y se encuentra con este calor. Claro que ya me dijo el prior, que no me fiase de las apariencias, que nunca es tan fiero el león como lo pintan. Espero que el coche esté arreglado ya para mañana, porque si tengo que quedarme aquí dos días más no sé cómo acabaré».

Ni siquiera dice lo que está pensando.

—¡Hay que ver lo bien que luce el cura bajo el sol de invierno! —comentaba Juanmi en reverente tono para su amiga Milagros.

—¡Y qué bien habla! —responde Milagros, admirando lo que ya era admirado por todos en el pueblo.

—Atiende bien, Jaime, que si te aplicas lo bastante tal vez algún día seas tú como él —instruye doña Pilar a su hijo de cinco años, mientras lo imagina vestido con la sotana blanca, la envidia de todas sus vecinas, que por cierto, ¿te has fijado en la falda de la niña

de Robles?, qué pensará la gente... Jaime la mira embobado:

—¿Qué es lo que está diciendo el señor de blanco, mamá?

—¡Sssss! —se escucha desde delante. Adelino Escariote, amigo fiel, acompaña a la viuda sujetándola caballerosamente entre sus brazos mientras presta oídos atentos al sermón.

—No llores, Celia, no llores, sé fuerte y aguanta, él lo hubiese querido así.

Adelino libró de ir al servicio al exponerle su padre a los mandos lo imprescindible de su ayuda como consejero de la diputación orensana de pesca e industria, de la que él era director.

—¡Un auténtico profesional! —había exclamado el padre al ser preguntado por las habilidades de su hijo.

El puesto no le quitaba demasiado tiempo, y le había permitido ocuparse de la protección de la viuda antes y después de haberlo sido.

Ahora caminaba a su lado en aquellos momentos de dolor, echando de cuando en cuando una mirada hostil para aquella pandilla de plañideras sin respeto.

¡Dong, dong...!

Un sobresaltado silencio te crispa de pronto los nervios. El bombardeo ha cesado y voces de compañeros con tono aliviado van llegando poco a poco hasta tus anestesiados oídos.

De nuevo escuchas los ladridos de ánimo del sargento:

—¡Vamos, soldados, es hora de levantarnos y enseñarles a esos maricones cómo tratamos a la gente de su calaña, —sonríes, de sobra son conocidas por la canalla soldadesca las aficiones lésbicas de la mujer del sargento— y no quiero ver uno solo de esos cerdos en pie cuando llegue allí! ¡Muerte al enemigo, mis bravos...!

Dejas de prestar atención, la escena empieza a recordarte a aquella película de fútbol americano en la que el entrenador, un tipo viejo y tuberculoso, reunía a sus jugadores en el vestuario antes de una final decisiva para a continuación obsequiarles con un sonoro erupto.

Sí, los vítores que le siguen parecen confirmar lo acertado de tu comparación. Pero ya no hay tiempo para pensar. A tu alrededor cien pares de pies se preparan para saltar al campo del honor, y a nadie le parecería bien que te quedaras allí solo. El corazón vuelve a latirte con fuerza, bombeando tanta sangre que tu cabeza parece a punto de estallar. El sudor brota en cantidades industriales de todos los poros, mojando tu ropa, mojando tu arma, empapando tu valor.

Miras al cielo y tu mirada parece atravesar las mil nubes grises superpuestas al millón de nubes negras.

Las piernas comienzan a temblar y terribles arcadas suben esófago arriba. De pronto te echas a reír de un modo estúpido, casi histérico, al pensar en los cien-

tos de hombres que están al otro lado, sintiendo el mismo miedo que tú, las mismas arcadas, el mismo deseo de saltar y correr, pero no hacia adelante, sino hacia atrás, hacia casa, hacia el lugar de donde te arrancaron para luchar por la patria.

«Dios mío, si tan siquiera supiese lo que significa patria».

—¡Adelante, soldados!

Se acabó el tiempo para pensar. Vuelves a sonreír al descubrirte rezándole a un Dios en el que nunca creíste y ya estás fuera de la trinchera, sin tiempo para recriminarte ese momento de debilidad.

Corres sin ver, sintiendo el barro blando y resbaladizo bajo tus botas. El mundo se reduce a un humo espeso, un olor denso y repulsivo, como a carne quemada, y un grito agonizante surgiendo desde las entrañas de la tierra que te impide escuchar casi cualquier otra cosa.

De repente recuerdas algo y levantas el fusil para disparar. El que la bala se clave o no en algún cuerpo no tiene demasiada importancia, la cuestión es, ya que estás metido en esta dantesca obra de teatro, desempeñar de un modo creíble tu papel.

Rasga el tronar repetitivo de las metralletas un quejido de dolor, seguido del golpe seco de un cuerpo que cae a tierra a pocos centímetros de ti.

¡CLOCK!

Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio.

Bajo un sol que se hacía más poderoso por momentos a pesar del invierno, la comitiva había arrivado a su punto de destino.

El aire turbio, mitad polvo, quitaba protagonismo al contenido del féretro. Los encargados de bajarlo al hoyo suspiraron aliviados cuando tocó fondo, cada cosa en su lugar.

El sacerdote continuaba murmurando en tono monótono oraciones millones de veces repetidas, mientras las vecinas insistían en sus pláticas y fantasías. Los hombres daban vueltas en sus manos a las boinas y sus pensamientos volaban, inevitablemente, hacia cómo afectaría aquel inesperado calor a las cosechas, mientras unos metros más adelante, al lado del cura, la viuda seguía llorando, interminable, incansablemente...

Alejada de todos ellos, distanciada por un camino que no hay pies que puedan recorrer, una anciana callaba mientras su mirada vagaba perdida por entre las lápidas, con la sensación de haber vivido todo aquello antes, de haberlo estado viviendo una y otra vez desde hacía muchísimo tiempo.

Jaime lograra finalmente desasirse de la mano de su madre. Acuclillado en el suelo, al tiempo que escribía con un palo su nombre en el polvo, seguía con la vista las evoluciones de los sepultureros, compadeciéndose al pensar en lo solo que se iba a sentir el señor de dentro de la caja cuando llega la noche.

La compasión no suele ser fuerza capaz de imponerse sobre la voluntad de una persona, y esta vez tampoco lo fue. A tu espalda queda el cuerpo del chiquillo de ojos asustados, y que esté vivo o muerto da ya lo mismo, porque lo último que deseas en este momento es cargar con otra persona sobre tus hombros. Intentas no pensar más en él y continuar tu carrera como si no hubieses visto nada. Total, porque se salvase uno entre los miles que van a morir hoy tampoco se iba a resolver la guerra. El pensamiento te reconforta ligeramente, pero la imagen del niño cayendo en el barro se empieza a repetir una y otra vez en tu cabeza, terca, sorda a cualquier tipo de razones lógicas.

Sigues corriendo, aún no llegó el momento de descansar, mientras chillas frases incomprensibles, inconexas, sartas de barbaridades que no parecen salir de tu boca. En realidad las escuchas como si vinieran de muy lejos, como si no tuvieran nada que ver contigo, lo único que importa ahora es el chico, el chico que un centenar de metros más atrás tal vez se esté debatiendo entre la vida y la muerte, el de los ojos miedosos, el que susurraba para sí mismo una y mil veces «no quiero morir, no quiero morir». Pequeñas lágrimas van confundiéndose poco a poco con el sudor en tus mejillas, «este no es el momento», pero tú no las sientes, estás muy lejos de allí, sentado a la mesa, cantando villancicos a la luz de una chimenea, y ya lo único que importa es no volver a abandonar tu lugar en la mesa, eso y el chico, el chico cuyo sonido hueco al chocar contra el suelo permanece vivo en tus oídos. Lejos,

cada vez más lejos, escuchas el golpear continuo de las ametralladoras, de los morteros, todo da ya igual; como en un sueño te ves tirando tu automática al suelo y girando sobre tus talones para empezar el camino de retorno, para recuperar lo que perdiste. A tu alrededor percibes las formas de cuerpos que corren en dirección contraria. Ves a muchos caer, pero ellos también dan igual ahora, ellos ya no importan «el chico, el niño de los ojos azules». Ya estás cerca, allí está, el rostro clavado en un charco de sangre, el equipo hundiéndose poco a poco en el barro, tal vez aún esté vivo, tal vez puedas devolverle el cuerpo a su madre. Diez pasos más, cinco pasos más, sigues corriendo, ya casi, ya casi...

¡BANG!

Estimada señora Vélez:

Lamentamos comunicarle el fallecimiento de su hijo Javier Valiente Vélez, en el cumplimiento del deber por su honor y el de su patria. Nuestro más sincero pésame:

El Ejército Nacional